

11 de septiembre de 2022 -- 24º domingo "C"

[Éxodo 32:7-11, 13-14: 1 Tim 1:12-17: Lucas 15:1-32](#)

### Homilía

Hay un tema común en cada una de estas tres parábolas, y una característica común. El tema común es el de la alegría; y la característica común es la de la intimidad.

El tema de la alegría es evidente. A la imagen de Dios dura y hasta severa de los Fariseos, Jesús contrapone la de un Dios que se llena fácilmente de alegría y al que es fácil hacer feliz. La lección principal de cada una de las tres parábolas se da al final de la segunda: "Habrá más alegría en el cielo por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesiten convertirse". El pastor que ha encontrado a su oveja perdida la toma "alegremente" sobre sus hombros y dice a sus amigos: "Alegraos conmigo". Del mismo modo, la mujer que ha perdido una de sus diez monedas de plata dice a sus amigos y vecinos: "Alegraos conmigo". Y el padre que ha encontrado a su hijo perdido invita a toda su casa a alegrarse y prepara un gran banquete. La primera parte de esta parábola termina con las palabras: "comenzaron a celebrar".

Esta imagen del Padre tan fácilmente lleno de alegría y tan inclinado a la fiesta se contrapone, en la segunda parte de la parábola, a la del hijo mayor, que, no inclinado a la alegría, se inquieta cuando oye "música y danza", y pregunta a sus discípulos qué ocurre. Cuando se entera de que el Padre ha preparado una fiesta para alegrarse del regreso de su hermano, no sólo no quiere unirse a la fiesta, sino que incluso se convierte en un alborotador.

Es ciertamente alentador para nosotros saber que Dios se alegra y celebra cada vez que volvemos a él después de haber estado alejados de él (¡así que prácticamente siempre está de fiesta!); pero también nos invita a alegrarnos y a festejar con él cada vez que uno de nuestros hermanos vuelve a él. Esta es la lección final de este relato evangélico: "Era necesario hacer un banquete y alegrarse, porque este hermano vuestro estaba muerto y ha vuelto a la vida.

La nota de intimidad, es decir, la característica común a las tres parábolas, que he mencionado al principio, se expresa esencialmente en el uso del adjetivo posesivo. El pastor de la primera parábola no es un hombre aislado. Tiene amigos y vecinos con los que mantiene una estrecha relación, por lo que se les llama "sus" amigos y "sus" vecinos. Del mismo modo, la mujer de la segunda parábola invita a "sus amigos y vecinos" a alegrarse con ella. El

pastor no sólo devuelve la oveja perdida al rebaño, sino que la lleva tiernamente sobre sus hombros y llama a sus amigos para que se alegren, pues, dice, he encontrado "mi oveja, la que se había perdido". Así, se ha convertido en "suya" de una manera especial, porque estaba perdida.

Sin embargo, es en la parábola del hijo pródigo donde esta nota de intimidad vuelve con más insistencia. En primer lugar, aunque el hijo menor es débil y egoísta y quiere disfrutar de su herencia sin demora, sigue teniendo una conexión personal con su padre. De hecho, es como un hijo que pide su parte: "Padre", dice, "dame mi parte de la herencia". Cuando se encuentra en la miseria, se dice a sí mismo: "Volveré con mi padre". A pesar de todos sus errores y pecados, no ha perdido esta relación filial; por eso se considera indigno: "No soy digno de ser llamado tu hijo...". A lo que el padre ni siquiera responde.

La desgracia del hijo mayor es que ha perdido esta relación filial. Poco a poco se ha convertido en un siervo y ha convertido a su padre en un amo: "Te he servido durante tantos años sin desobedecer nunca tus órdenes...". Y como ya no tiene una relación filial con su padre, ya no tiene una relación fraternal con su hermano. Desprecia llamarle hermano y se refiere a él con altanería como "tu hijo". A lo que el padre responde con tacto: "tu hermano aquí" estaba muerto... etc.

Todo lo que hay en este Evangelio nos tranquiliza, pues nos enseña que, incluso cuando, como el hijo mayor, tratamos a Dios como un amo y no como un padre, y nos desvinculamos así de nuestros hermanos, Dios sigue diciéndonos con ternura, como al hijo mayor de la parábola: "Tú, hijo mío, estás siempre conmigo".

Hermanos y hermanas, llenémonos de la alegría de tener un padre así, y de ser hermanos en este mismo hecho. En este banquete eucarístico que ahora vamos a continuar, alegrémonos y hagamos fiesta, pues no sólo estábamos perdidos y hemos sido encontrados, sino que nos encontramos todos juntos en la misma situación.

Armand VEILLEUX